

La oralidad. Patrimonio del hombre americano

Marta Cordiés Jackson Centro Cultural Africano "Fernando Ortiz", Santiago de Cuba

En la actualidad los estudios sobre la tradición oral han proliferado; este incremento, a nuestro juicio, se debe por una parte a un mayor reconocimiento de la riqueza de este tipo de creación artística y por otra a la necesidad cada vez más acuciante que siente el hombre actual de volver a sus raíces y reencontrarse a sí mismo en la esencia múltiple del continente americano.

La oralidad, patrimonio del hombre americano, subyace y mantiene vivo un sustrato que es el que permite esta exuberancia narrativa que hoy observamos en nuestra novelística y cuentística, géneros en los que es apreciable esa gran variedad temática que tipifica las letras americanas. Desde la más nimia situación cotidiana hasta los más grandes temas de nuestra historia y del hombre encuentran su lugar y una expresión en ellos.

Y no solo los temas; también se evidencia que siendo estas tierras crisol de culturas, fragua y sementera donde se han fundido y germinado disímiles semillas y metales, todos estos troncos que se han juntado y

devenido árbol estallan de flores y frutos en el contexto lingüístico y literario.

Este estilo de "narrar" que distingue a figuras de la talla de García Márquez; esta laberíntica y parabólica expresión de nuestro barroco que identifica la obra carpentereana; todo este mundo de realismo mágico y de lo real maravilloso que recogen nuestras letras actuales es hijo directo de la oralidad, puesto que emana de esta manera de "decir" en un lenguaje directo y claro, comprensible para cualquiera y que es capaz de llevar mensajes explícitos para todos e implícitos para unos pocos. Este respetar el léxico, la frase y las cláusulas ancestrales para llegar al hombre nos ha sido legado por una práctica milenaria, desde una época en que la palabra era el vehículo idóneo para la trasmisión de la idea.

Uno de los factores que coadyuvan a que este auge sea un esfuerzo fructífero es que ya el quehacer no es obra de investigadores aislados, sino que instituciones, organismos y grupos rectorean la tarca, se ocupan de hacerla pública y dan espacio a estos

estudios en foros, seminarios y reuniones de expertos, de forma tal, que el volumen de estas investigaciones va formando un corpus cada vez más considerable. Así, el presente, al escarbar en el pasado forma un sólido nexo con el futuro y la cadena de la sabiduría del hombre estrecha sus eslabones, remacha sus engarces, solidificando los procesos de identidad nacional.

En *Caliban*, Roberto Fernández Rematar se respondía a sí mismo la pregunta retórica: ¿existimos? El estudio de las fuentes orales nos demuestra no solo que existimos; sino que amplía esta respuesta dándonos la visión de cómo, porqué y de qué forma hemos existido, hasta qué punto nos hemos consolidado; esta certidumbre parte de una cabal comprensión de nuestra historia y de una compleja y completa cosmovisión de nuestra realidad.

Sabido es que las culturas orales plantearon a través de la palabra su propia concepción del mundo y que esta se renueva, se mantiene y conserva en tanto que la tradición oral que le dio origen sea transmitida y

renovada, se nutra de la vida misma y dé a esta todo su caudal. De manera que el hombre de estas tierras se encuentre a sí mismo diseminado y reproducido en cada leyenda, cada cuento, cada proverbio. Todas sus situaciones existenciales plasmadas en ese universo que él mira como un espejo que le devuelve transformado su otro yo.

Son, pues, varias y complejas las relaciones que el estudio de esta manifestación permite explorar, variadas son las disciplinas que se acercan a ella, el número de trabajos e investigaciones crece y se hacía necesario encontrar una forma de expresarlo. De esta primera necesidad surge la revista *Oralidad*, que publica la UNESCO.

En los trabajos que a lo largo de cinco números se han publicado, a pesar de las diferencias de contextos socioculturales de sus autores, hay como nexo común la frase que titula este comentario. Todos son o reflejan parte del patrimonio del hombre americano. Por supuesto, sabemos que es un patrimonio compartido con otros pueblos del mundo, con culturas ágrafas, algunos, y otros con dominio de la grafía, pero que tienen un punto común: la palabra como medio de expresión y conservación de sus tradiciones.

El anuario al que nos referimos está dedicado a América Latina y el Caribe, pero el tema del que se ocupa tiene fuertes vínculos y lazos en las cinco partes del globo; quizás por esto, la función esencial que cumple se hace más completa, pues estudiosos y escritores de todas las latitudes pueden encontrar en los trabajos publicados respuestas a sus interrogantes,

dado que presenta este corpus de tradiciones e investigaciones en torno a ellas, en un marco de objetividad y rigor científico necesarios para abordar estos temas.

Se trata, pues, de una visión del problema desde su centro mismo; no es la "visión del vencido", para dar una denominación literaria, sino la opinión justa y coherente del protagonista. En los artículos que recoge el anuario, los investigadores no hablan desde la altura de su grado científico, sino desde la posición del detentador de una cultura que la sabe vital y poderosa.

La oralidad ha trascendido ya el marco puramente etnológico para ser campo de cultivo donde varias disciplinas pueden hacer su cosecha. Es ya, por sí misma, tema de discusión en simposios como el que acaba de celebrarse en Cuba, en el contexto de la III Conferencia Científica sobre Cultura Africana y Afroamericana, auspiciada por el Centro Cultural Africano "Fernando Ortiz".

En el Simposio al que aludimos, se presentaron varios trabajos que abrieron un abanico de posibilidades para el estudio de este tema. Desde trabajos puramente teórico-semánticos, desde la óptica del concepto y su acepción, como "Reflexiones sobre un concepto: Literatura oral", hasta el análisis exhaustivo de la inserción de la oralidad en la vida cotidiana e identidad de un pueblo como es el estudio sobre la oralidad africana.

En este intercambio, donde lingüistas, historiadores, sociólogos, etnólogos, médicos y religiosos participaron, el estudio de la oralidad salió fortalecido, en el sentido de que por primera vez, en Santiago de Cuba,

tales estudios constituyeron el centro de una sesión de trabajo y permitieron aglutinar en un solo bloque a investigadores y especialistas de todo el país interesados en el tema. Ciertamente es que varios de los participantes habían presentado los resultados de sus pesquisas en diferentes encuentros; sin embargo, estos trabajos fueron distribuidos en distintas comisiones atendiendo a la disciplina o al punto de vista del investigador; así, hemos encontrado trabajos sobre el tema en eventos de historia, medicina tradicional, etnología, etc. Lo relevante de este Simposio, además de su celebración, es que confirmó y demostró, además, que la oralidad es un tema de investigación que da pie a trabajos de alto rigor científico, contribuyendo a dar jaque mate a la vieja concepción que confería a estos estudios un nivel menor o secundario. Por otra parte, dio la medida de que era posible organizar un grupo de investigadores cubanos, capaces y con experiencias que se sumaran a los que para este empeño ha reunido la UNESCO, cumpliendo así esta modesta contribución de nuestro país, a materializar uno de los proyectos permanentes de dicha organización expresado en estas palabras que tomanos del No. 1 del Anuario: "La tradición oral de los pueblos constituye un componente fundamental de nuestro acervo cultural y es propósito permanente (...) contribuir a la preservación y estudio sistemático de esta importante fuente de información y medio de comunicación."

El recién celebrado simposio y el anuario de la UNESCO son una respuesta tangible y concreta de este enunciado. ■